

FULGENCIO ARGÜELLES

EL OTOÑO DE LA CASA
DE LOS SAUCES

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Fulgencio Argüelles Tuñón
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Estany dels desmais (Jardines de Monforte,
Valencia)* (1918), de Santiago Rusiñol

ISBN: 978-84-17346-27-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 21533-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Micaela, que me sostiene. A María, Tamar,
Eduardo y Aida, que me levantan. A Claudia,
Martina y Andrés, que me alimentan. A mi madre,
que me contiene, y a mi hermana, que me acompaña.*

Pero ¿de dónde viene esta secreta tristeza, cuando todo va bien y la vida es tan hermosa?

LEONIDAS ANDRÉIEV,
Sascha Yegulev

Estamos también hechos de pérdidas en los agujeros hambrientos de todos nuestros otros.

LUIS COLOMBINI,
La luz ausente

Zígor tenía los ojos vidriosos y descoloridos, como si un aire inesperado les hubiera secado la sangre. Sus movimientos eran torpes, abandonados, de animal abatido por un exceso de carga. Apoyó la frente sobre el frío cristal de la vitrina. Allí estaban las imágenes, no en la vitrina, ésa la ocupaban los trofeos y las reliquias de los homenajes, sino en su cerebro aturdido. Permanecía inmóvil, amodorrado, y llegó hasta él el recuerdo de la ciudad del primer atentado, adormecida, trepando a lomos de la bruma viciosa de las calefacciones por la mañana fría, y llegaron los dibujos de fuego en el humo negro de las explosiones, y los heridos huyendo despavoridos de la repentina fantasía del polvo, de la lluvia de escombros, de los efluvios del gas, del combustible de los coches lanzados por los aires y de la lluvia de agua sucia de las alcantarillas, y también llegaron los cuerpos carbonizados y extendidos sobre la tierra como si fueran las señales endemoniadas de una catástrofe bíblica, y llegaron los gritos de las bocas desdobladas, y los brazos sin dirección y con las raíces sangrantes ensuciando el viento trastornado. Ahí estaban todas las imágenes, retorciéndose sobre él como enredaderas que crecen veloces y desmesuradas, desplegando sobre su conciencia argumentos que ya imaginaba muertos, preguntas que una vez habían sido planteadas y que andaban ahora enterradas sin identidad alguna, sin lugar conocido de nacimiento.

Separó la frente del cristal y sacudió la cabeza, y fue entonces cuando escuchó la voz dulce, ligeramente partida, inesperada, de Alma, como el ruido acelerado y melódico del reloj que te despierta. Estás bien, preguntó Alma, y él

separó las manos de la vitrina, la frente ya se había separado y andaba extraviada en sacudidas extrañas, ya no quedaban imágenes, todas se habían dispersado, y él suspiraba, se estremecía, como si sus pensamientos hubieran quedado expuestos, desparramados sobre la alfombra, y dijo, sí, estoy bien, eso dijo, y le hizo una señal para que se acercara y le ofreció los brazos y le explicó, hay momentos en los que creo que podría tocarme la conciencia, y tenían sus palabras el brillo triste de los muebles deteriorados.

Veinte años se cumplían desde aquel día en que él se atrevió a hablar con su patrón, conde de Trivia, señor de Beliso, dueño de los Astilleros Trivia y de las Bodegas Trivia, accionista mayor de la Compañía Naviera Ítaca y padre de Alma. Señor, perdone mi atrevimiento, pero vengo a solicitar su autorización para pretender a su hija, así fue como lo dijo, quería decir cortejar, luego pensó en el término impreciso acompañar, pero dijo pretender, y el conde lo miró sin decir nada, se levantó del sillón giratorio de cuero negro que presidía su despacho, fue hacia la ventana, miró hacia el muelle donde se construían sus barcos, y observó el trajín de los operarios, el girar de las grandes planchas de hierro, el vuelo de las grúas y la lluvia de partículas encendidas de las soldaduras, y se volvió hacia el joven ingeniero, el mejor de cuantos trabajaban en su empresa, así lo indicaban las referencias, y lo vio tenso pero decidido, expectante aunque seguro, orgulloso, en cualquier caso, con los brazos colgando y sin parpadear, y le preguntó, cuánto hace que se ven a solas, y Zígor dudó y al fin respondió, desde la fiesta de la vendimia a la que usted me invitó, y el conde dijo, bien, eso dijo, bien, y se cogió la barbilla, como un gesto necesario y anunciado para una situación como aquella, tantas veces repetida, el empleado que le pide al patrón la mano de la hija, y aquel patrón, que era un hombre prudente, poco hablador, calculador y pausado y que amaba con locura a

su única hija, le dijo a su empleado ejemplar, ingeniero naval especializado en estructuras metálicas dinámicas, venga usted a cenar a casa este sábado y trataremos este asunto, ahora continúe con su trabajo, que no es éste el lugar adecuado para hablar de propósitos personales.

Zígor le dijo a Alma, parece que aquel tiempo no fuera mío. Su voz se quebraba, perdido tenía el vigor a causa de los tratamientos farmacológicos, ahora se rompía en mitad de las frases y algunas palabras se desvanecían. Ella conformaba para él cada día la certeza de que seguía vivo. Lo miró y no pudo evitar la comparación del hombre disminuido, enflaquecido en exceso y pálido, que ahora tenía delante, con aquel joven y apuesto Zígor que acudió el sábado señalado a la invitación del conde y a todos sorprendió con su elocuencia y su galantería. Pero el amor que ella sentía no había disminuido, sino que se había incrementado con el paso de los años.

No entiendo muy bien todo esto, le dijo Alma, y él soltó los brazos, se separó de ella, apoyó su espalda en la vitrina y sintió la debilidad de las rodillas, como si los huesos se hubieran reblandecido, y ella continuó hablando, ahora en forma interrogativa, estás seguro de lo que vas a hacer, y él respondió preguntando, de qué podemos estar seguros salvo de que vamos a morir, y ella afirmó, pensabas en la muerte, y él explicó, no puedo evitarlo, además, creo que me beneficia, ya no siento aquella angustia que sentí cuando nos comunicaron el diagnóstico. Alma no creyó a su marido, sabía que mentía sobre su estado de ánimo, y se acercó a él, aunque no lo rozó, y levantó la cabeza hacia la lámpara, una fiesta de luces, decenas de brazos de plata, una lluvia de lágrimas, y volvió la mirada hacia él y comentó, fue como si algo nos aplastara, como si esa lámpara se nos hubiera caído encima. Zígor dijo, pero ya pasó, eso dijo, ya pasó, y ella respondió negando, casi gritando, no, no pasó,

está aquí y sigue doliendo, yo no soy tan fuerte como tú y no soy capaz de imaginarme la vida sin ti.

Cuando ella sufría, él se volvía lánguido y por eso mentía, perdía la poca fuerza que le quedaba, las ideas que hasta ese momento parecían firmes se desvanecían y se alejaban de su voluntad. Ven, le dijo, y ella se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se cobijó en el regazo de la bata de seda. Zígor quiso ahuyentar el bramido del abismo que se abría ante ellos y dijo, son cosas que han de pasar. Alma incrementó su llanto, que era un llanto de aflicción y de lástima, pero también era un llanto de rabia, de arrebató incluso, un llanto de reproche y desaprobación hacia unas determinaciones que no podía entender. A muchos les fue peor, porque murieron antes, dijo Zígor, y añadió, les fue peor porque no consiguieron llegar a este momento, y a algunos yo mismo les ayudé a morir. Alma se separó de la bata de seda y su llanto se detuvo, y alzó la voz para decirle a su marido con ironía y disgusto, ayudar a morir, qué estás diciendo, ayudar a morir, a ti nunca te gustaron los eufemismos. Así expresamos a veces nuestra violencia, así contrarrestamos el miedo al vacío que se aproxima, con burlas finas levantadas entre enfáticas entonaciones de pasmo. Cierto, dijo él, aceptando la reacción de ella, asesinatos, eso es lo que fueron, asesinatos, es curioso, pero desde que sé el final que me espera no puedo dejar de pensar en aquella gente. Ella preguntó, en qué gente, y él explicó, en los que murieron por nuestra culpa, y añadió, ninguno de ellos eligió morir.

Alma recordó aquel día ya lejano, poco después de la muerte de su padre, en que Zígor le desveló su pasado, atormentado por la culpa de aquel secreto, una espina clavada que duele, una carga en los hombros que pesa, una duda que encoge, así podría decirse, los sentimientos de culpa se aflo-

jan con la confesión, las influencias negativas de cuanto fue guardado se reducen, el acto de compartir rebaja el sufrimiento. El día que lo supe, dijo Alma, y su frase se quedó suspendida hasta que fue sustituida por otra, pasaron casi diez años, estuve a punto de pedirte que te fueras, que desaparecieras de mi vida. A Zígor le dolían las palabras de Alma, le dolían porque sabía que a ella le dolía el recuerdo que nombraban, y le dijo, y lo hubiera entendido.

Alma había escuchado aquella confesión en el cenador del patio de las flores. Llovía lento sobre las grandes cristalerías, era un mediodía del mes de abril, luminoso a pesar de la lluvia, y ella repasaba el contenido de un baúl que su padre había guardado siempre en una de las vitrinas de la biblioteca. Cuando Zígor comenzó a hablar, ella suspendió sus movimientos, los ojos abiertos, las cejas bien levantadas, las manos quietas sosteniendo unas fotografías de su padre al lado de un presbítero, tal vez un obispo, que con el hisopo en alto bendecía el nuevo viñedo. Las piernas de Alma, desde las rodillas a los tobillos, soportaban un hormigueo repentino. Zígor habló entonces de aquella circunstancia extraordinaria de su juventud, del comando, de los atentados y de sus efectos, de la situación política, de los peligros, y ella se sintió de pronto empujada al ámbito espantoso de otro mundo, trepó a lomos de la luz de las flores mojadas como el hada sorprendida que busca de nuevo su mundo intermedio, y sintió, como un baño de fuego, la realidad de los hechos desvelados, y también sintió asombro por aquella satánica aparición en el pasado de Zígor, y después sintió miedo, y la persona que tenía enfrente desnudando su alma, exprimiendo dolorosamente su memoria, de espaldas a los dibujos lánguidos que el agua dejaba en los cristales, no era ya una sola persona, sino dos personas, una cercana y triste, rota y descolorida, y otra más oscura, sucia de alquitrán o de pólvora, recorriendo como adies-

trado equilibrista una vereda lúgubre, una persona evidenciando su debilidad y su pérdida, y otra enseñando los dientes. Fueron semanas largas de conversaciones intensas, de discusiones sin término, de promesas rescatadas una y otra vez del limbo del amor compartido, sentimiento intenso de inclinación y de entrega, deseo de completarse, y a la vez el rechazo natural hacia lo recién descubierto, voy y vengo, te busco y te rechazo, porque lo que antes eras ya no lo eres, visiones erróneas, en realidad, nunca lo sabemos todo ni siquiera de nosotros mismos, y Alma preguntó, por qué esperaste tanto para decírmelo, y él respondió, muchas veces quise decírtelo y no fui capaz, y esta vez fui capaz, así ocurren las cosas, y no era capaz de decírtelo porque tenía miedo a perderte. Alma comprendió, después de tantas noches en vela, que aquella persona a la que quería tanto, tan vigorosa antes, tan poderosa en sus determinaciones, tan cuidadosa en sus afectos, era un ser desamparado, y tuvo un destello de lucidez que le permitió asomarse al interior de él, llegar un poco más lejos, y le tendió la mano como si le ofreciera una bendición silenciosa desde el balcón de los años compartidos, y él quedó absorto, atolondrado por la generosidad de ella, y pasaron otros diez años sin que volviera a hablarse de aquello, sin que hubiera necesidad de resucitar aquella circunstancia lejana y extraordinaria.

Todo esto recordaba Alma delante de un Zígor ahora encogido por la enfermedad. Prefiero no recordar, dijo Alma, y Zígor se acercó a ella y sentenció, es bueno recordar, y no supo por qué lo dijo, a veces las palabras salen porque están ahí esperando, sentadas en el borde, parece que se desplomaran por distracción o descuido, y ella continuó diciendo, por qué volver a ello de nuevo, durante los años de dictadura militar ocurrieron cosas extraordinarias, yo era muy joven, pero recuerdo que la vida era difícil. Zígor no supo por qué Alma decía aquello, ella había sido la hija de

un aristócrata millonario, un hombre que no había compartido el pensamiento político de los dictadores, pero al que éstos habían respetado debido a su poderosa influencia en la economía de la nación. Ella no había padecido en ningún caso los rigores del represivo y despiadado régimen dictatorial. Pero Zígor sólo dijo, sí, fue un tiempo difícil, sobre todo los años del triunvirato. Después guardó silencio.

Habían sido tres los militares que en el último período de la dictadura, sin duda el más cruento, habían llevado a la nación al borde de la locura. Alma lo había sacado a colación, así que él añadió, era preciso actuar, y sintió una ligera mordedura en la ingle, la promesa de un dolor más fuerte, y su cuerpo se dobló levemente, sin que Alma se diera cuenta. Ella miraba hacia la ventana, de espaldas a él, y sin volver la mirada y sin ocultar cierto disgusto le preguntó si se estaba justificando, y él dijo que no, que de ninguna manera, pero que, en todo caso, la nación había sido liberada, y ella se volvió y lo miró fijamente con sus ojos azules, fríos por la rabia y húmedos por la pena, y le dijo, no nos llegó la libertad por gente como vosotros, la libertad llegó porque una parte del ejército derrocó a los tres generales y restableció el régimen democrático. No lo restableció, dijo él, porque nunca lo habíamos tenido.

Él jamás se había compadecido de sí mismo y ahora lo estaba haciendo, sabía que lo estaba haciendo, y al hacerlo sentía algo impropio y lastimoso, pero a la vez familiar y agradable, como arrancarse la costra endurecida de una herida diminuta, y dijo, me justifico y no me justifico, y se quedó apoyado sobre la mesa, con la cabeza inclinada hacia los brillos de la madera, y Alma se compadeció de él y le dijo, parece que estés aprendiendo a morir y no creo que eso sea posible. Zígor levantó la cabeza, juntó las manos apretándolas, como si estrujara con ellas algún objeto invisible, y dijo, reflexionar sobre todo cuanto te ocurre es aprender

a morir. Eso es aprender a vivir, replicó Alma, y él añadió, todo es lo mismo. Me horroriza tu frialdad, dijo ella, y él se desplazó hacia la ventana.

El cielo estaba gris, sin nubes pero gris, o con una única nube grande que lo ocupaba todo. Zígor observó al jardinero cruzando desde la espaldera de rosas hasta el partere de las lilas y vistiendo un uniforme extraño, impropio de un jardinero. Zígor habló sin dejar de mirar al cielo, por encima de los magnolios y los sauces y los tilos. Expuso viejas perplejidades, confesó dudas, compartió con Alma las preguntas que lo atormentaban. Ella apreció en su mirada el brillo de la dureza, los destellos de una decisión irracional e inevitable. Alma no entendía bien lo que él quería expresar, porque le hablaba de entusiasmos y de decepciones, del falso convencimiento de que estamos aquí por algún motivo y de cómo gracias a esa creencia conseguimos ahuyentar el miedo. Gritas incluso, dijo Zígor, matas si hace falta, y te sientes útil porque crees responder a una misión, a un destino. Se estiraba en cada palabra, como si una energía nueva lo hubiera zarandeado, y Alma se sorprendió por aquel fulgor que despedían sus ojos en medio de un rostro pálido y enflaquecido. Él siguió hablando de las transformaciones, de la búsqueda impaciente de las comodidades, de la ceguera ante un final a menudo sorprendente y siempre inevitable, y dijo, y un día te das cuenta de que llegaste para marchar, de que no hubo para ti ningún proyecto extraordinario.

Escucharon la voz imperiosa de la gobernanta Inga llamando a Telmo. No parecía que fuera a salir el sol. Zígor se aproximó a Alma, que se había sentado en uno de los sillones. Mira mis manos, le dijo, ojalá pudiera sostener tu vida en ellas, ojalá pudiera, pero se me escurre entre los dedos como si fuera agua. Así somos cuando los sentimientos se mezclan y se mueven a gran velocidad, porque tropiezan,

se empujan, pelean por buscar un sitio preeminente, y unos vienen y otros van, y sentimos vértigo y confusión, y tenemos miedo a desplomarnos en el vacío. Zígor percibió la derrota de Alma. Fue hacia ella, tomó sus manos y le dijo, aún estoy aquí, porque parecía como si ya se estuviera despidiendo, y ella se desasíó de las manos de él, temblorosas y frías, y le arregló el cuello de la bata de seda, no estaba desarreglado, pero lo estiró, lo acarició, hizo que pareciera que lo había puesto en su sitio. Y Zígor le habló de los terrores de los días que siguieron al diagnóstico, del estrépito interior que causaba en él su propia vanidad, de las muecas de asombro que percibía en el espejo, de la sensación de inutilidad y de vacío que sentía cuando ninguna voz, ningún gesto, ningún pensamiento tenía ya sentido, y concluyó diciendo, pero ya no es lo mismo, tú sabes que ya no es lo mismo, ahora soy capaz hasta de sonreír. Su sonrisa parecía una burda estructura de alambre que alguien hubiera colgado de su cabeza.

Zígor se acercó de nuevo a la ventana. La tarde estaba quieta, inmóviles las ramas de los árboles del jardín, viejos algunos, tanto como la casa, palacio más bien, construido por el primer conde de Trivia, bisabuelo del padre de Alma, jóvenes otros, plantados en los últimos años por el jardinero Telmo. Algunas cancelas ya estaban abiertas, dispuestas para permitir la entrada de los coches que habrían de llegar. Observó a Inga dando instrucciones a Águeda en el porche de las cocinas. Sintió a sus espaldas la voz de Alma, de nuevo inquisitiva, preocupada, cargada de reproche. No creo que el haber convocado a toda esa gente pueda ayudarte, le advirtió, y él, volviéndose hacia ella, le explicó que tal vez no, que tal vez no sirviera de nada, pero que era algo que necesitaba, y aludió de nuevo a aquel final que estaba tan cerca y a la necesidad que sentía por ello de reconciliarse con algunas cosas. Ella insistió en que aquella ocurrencia no

iba a proporcionarle ninguna respuesta. Ya te digo que no estoy seguro de nada, insistió él.

Zígor se quedó pensativo, mirando al techo, allí estaba la lámpara, encendida a pesar de que era primera hora de la tarde, pero el cielo no ayudaba, lucía gris y con la iluminación muy justa, así que las numerosas bombillas de aquella lámpara historiada y llorosa llenaban de luz la estancia, no demasiado amplia, una especie de recibidor con sillas tapiizadas y vitrinas repletas de trofeos y objetos de cristal, de porcelana, de mármol, alguno incluso de madera, recuerdos de viajes que nadie recordaba, regalos de celebraciones que ya nadie celebraba, figuras que se volvían invisibles con los años y cuya existencia parecía estar destinada únicamente a la acumulación de polvo, que se lo dijeran a Inga o a Bárbara o a Terina, ellas eran quienes se ocupaban de pasar los paños, tampoco reparaban en las figuras, sólo las limpiaban, ni señores ni criados se fijaban en ellas, pero allí estaban, las campanillas y los molinos de agua de la cerámica azul de Delft, las diminutas muñecas de porcelana de Meissen, que el abuelo Ciano le había traído a Alma de sus viajes a Sajonia, las sirenas de vidrio, la colección de botones de ancla del bisabuelo almirante, los rosarios de hueso y las medallas de plata de todos los santuarios célebres, las oropéndolas de marfil que Gorán trajo de sus viajes africanos, los dedales de madera de alcorcho fabricados en Núremberg, los sables guarnecidos de los generales de las guerras antiguas, los turbantes de los virreyes con las plumas de tucán, los vasos de alabastro que Alma adquirió en su primera expedición como arqueóloga a las tierras del Éufrates, esculturas de maternidades, caretas de dioses indígenas, las copas de la cata de los vinos de la primera cosecha de los viñedos de Trivia, los abanicos chinos de pluma y bambú de la abuela Senda, los trofeos de las carreras de galgos y de las peleas de gallos y de las competiciones

de tiro al arco y de todas las apuestas arriesgadas e impensables del tío Blaise, soltero y jugador. Cada uno de aquellos objetos certificaba una parte de la historia de la familia.

Necesito saber quiénes son ahora, dijo Zígor, volver a mirarles a la cara, hablar de aquello que vivimos juntos, eso dijo, y Alma replicó, casi gritando, Dios, Zígor. Andaba confundida, como quien debe elegir entre dos caminos y apenas dispone de información sobre el destino adonde uno y otro conducen, y por eso realizó la pregunta, angustiada, desesperada, pero directa, cada sílaba bien pronunciada, acaso es necesario jugar con la muerte, y había súplica en aquella pregunta, en todas la hay, porque en todas se demanda una respuesta, pero en aquélla había, además, reproche, y había dolor, pero también había esperanza, porque la esperanza es el deseo de que ocurra algo factible, algo que es necesario y que además es posible, y confiaba en que Zígor desistiera de un plan concebido desde la desesperación y el abatimiento. Él advirtió la inquietud de ella y por eso le dijo, sé que te estoy exigiendo demasiado.

Alma se acercó a su marido y se inclinó hacia él sin fuerzas para tocarlo. A Zígor la voz de ella le pareció confusa cuando le dijo, estoy dispuesta a todo por ti, pero por qué tiene que ser de esta manera. Él se agarró la cabeza con las manos mientras ella se incorporaba y se quedaba a la espera. Estaban atados, pegados uno al otro, como la hiedra al árbol, ahora soy hiedra que trepa por el árbol que tú eres, ahora soy árbol que se deja invadir por esa vida tuya de hiedra. Alma experimentaba una rabia incontenible, también incómoda, hacia su marido, hacia la decisión que había tomado, pero no podía dejar de sentir al mismo tiempo un cosquilleo, mezcla de compasión y de ternura, al observar los ojos vidriosos y apagados de él, su piel oscurecida por las manchas de la enfermedad, su cabello debilitado. Apa-